

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVIII. MADRID 4 JUNIO 1898. NÚM. 23

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Dos de Mayo, 4, segundo.

¡YA HABLÓ!

Era frecuente oír á los republicanos:

«Bien, sí; conformes con ayudar á Castelar, pero que diga claramente á dónde va; que hable.»

Ya ha hablado. Y de tal manera, con tanta claridad, que los periódicos que se han atrevido á estampar lo que ha dicho, han sido inmediatamente denunciados y detenidos en Correos para que no se enteren en provincias de sus afirmaciones.

Y los otros, los monárquicos, han caído ferozmente sobre él, seguros de que por ese camino se les acaba el usufructo de esta pobre España arruinada, desangrada y envilecida por ellos.

En el Senado han resonado voces de insulto, se ha pedido que se castigue duramente al culpable, se ha llegado al paroxismo de la ira, pidiendo toda clase de castigos contra Castelar.

Señales son estas de que ha dado en el blanco, que ha puesto el dedo en la llaga, y que el autor de *El Rasgo* continúa teniendo la virtud de hacer de los puntos de su pluma ariete formidable contra la monarquía.

Ya ven los republicanos que le pedían que hablase, la manera viril con que lo ha hecho; ya ven que Sagasta, el que tantas veces le ha pedido consejo para gobernar, se dispone á procesarlo. Verdad es que el cargo le obliga, como le obligó en 1874 á amenazar con el fusilamiento á Martínez Campos.

Ya no puede ningún republicano negarse á prestar concurso á Castelar. Quientos artículos de Pi, cien discursos de Salmerón, no han logrado alborotar el gallinero monárquico; cuatro ó cinco párrafos de Castelar publicados en una revista extranjera de escasa circulación, ha hecho temblar á los traidores de la revolución de Septiembre.

Esto prueba que el peligro para la monarquía viene de ahí, y que, por lo tanto, cuantos deseamos la República debemos unirnos al hombre que simboliza ese peligro.

Ahora es el momento de enviar adhesiones y mensajes á Castelar; ahora es cuando, no precisamente por él, si no por patentizar el número y la fuerza del partido republicano, hay que recoger firmas para dar al mensaje el carácter de plebiscito; ahora hay que abandonar la indiferencia, llamar al entusiasmo, y demostrar lo que somos y lo que valemos para que se adivine todo lo que hemos de hacer en bien de España, traída por los monárquicos al trance terrible en que hoy se encuentra.

Entiéndalo así todos los republicanos: sumarse á la derecha de Castelar, equivale á salvar la patria.

¡VENGA EL PROCESO!

Sí, que procesen á Castelar; sí, que dicten contra él auto de prisión; que lo metan en la cárcel, atado codo con codo y entre parejas de la guardia civil. Un espectáculo así se necesita para que este pueblo resignado se alce enérgico y potente.

El Congreso, accediendo al suplicatorio para procesarle, respondería á su tradición, que le ha llevado á denegar otros que se le han dirigido para procesar á varios diputados por delitos comunes.

Sagasta, el que tantas veces pidió consejo, apoyo y amparo á Castelar, se coronaría de gloria poniéndole bajo el tribunal militar. Si algo le faltaba para caer lleno de sustancia mal oliente, era esto: poner á Castelar maniatado á los pies de la monarquía.

Los tiempos deseados se acercan: estos síntomas no fallan; el miedo se ha apoderado de la monarquía, y como en los años anteriores al 68, comienzan sus partidarios á no saber por dónde se andan.

Respondamos los republicanos á ese miedo uniéndonos alrededor de Castelar, y lo que hemos deseado, aquello porque hemos trabajado y sufrido, será pronto un hecho.

Desechemos los recuerdos inoportunos, perdonemos las mutuas ofensas, pensemos en que la patria espera la salvación de nosotros, y adelante.

En compensación de esos republicanos que censuran, si fuese cierto, la opinión en masa aplaude y periódicos como *El Liberal*, *El País*, *El Progreso* y el *Heraldo* están haciendo una hermosa campaña contra los monárquicos que piden furiosos el procesamiento de Castelar, por haber dicho en letras de molde algunas de las cosas que ellos, los monárquicos, se dicen al oído.

Nada diré del artículo por haber sido denunciado: me limitaré á copiar esto que estampó *El Imparcial* del 1.º de Junio, y que *La Epoca* reprodujo, aplaudiéndolo, el mismo día:

«El artículo en cuestión, atribuye á la Reina Regente los males de España; dice que esta augusta señora ha comprometido al Papa; que se entiende con las Cortes extranjeras á espaldas del Gobierno; que es llamada la *austriaca* y que sigue los pasos de María Antonieta.»

Sin este ligero extracto que han hecho esos dos importantes periódicos monárquicos, no habría yo podido ni dar una pequeña idea de lo que dice el artículo, sin dar de cabeza en los tribunales; que así estamos después de haberse derramado tanta sangre en defensa de la libertad de imprenta.

¡MENTIRA!

Los periódicos monárquicos dicen que algunos republicanos han condenado el artículo de Castelar en que, á estilo Goya, pinta el cuadro de la monarquía. Invención burda, mentira procaz.

Ningún republicano puede condenar el que se ataque á la monarquía, y menos si quien la ataca es hombre que puede causarle gran destrozo.

Pero si hubiera alguno tan mezquino ó tan cobarde que, por emulaciones que no caben tratándose de Castelar, por recuerdos del pasado, por ambición ridícula, procurase quitar importancia al acto que acaba de realizar, ese alguno sería republicano solamente en el nombre; sería un encubierto auxiliar de la monarquía; un hombre que pospondría la venida de la República á una mezquina satisfac-

ción de amor propio; sería, en fin, algo muy despreciable, y obligaría á los demás republicanos á no considerarle como tal.

Admito que haya quien no esté conforme con lo que Castelar ha dicho, aun cuando no conciba tratándose de un verdadero republicano. ¿Pero condenarlo? ¿Pero decirlo? Esto ya no lo admito, como no sea en hombres que, por seguir como hasta aquí, continúen trabajando indirectamente para que no venga la República; en hombres que prefieran que continúe la monarquía, si la República no ha de ser para ellos.

CONVENTOS Y ACORAZADOS

España es pobre, dicen los monárquicos. España no ha podido, por la escasez de recursos, prepararse convenientemente para una guerra extranjera con naciones poderosas. Las escuadras cuestan centenares de millones, y sólo á las naciones potentísimas les es dado emplear las grandes sumas necesarias para el fomento de la Marina.

Esto propalan los monárquicos y dinásticos de la restauración saguntina, esto dicen los fervientes neoconservadores silvelistas, esto repiten los palaciegos de todos colores, queriendo apartar responsabilidades de sus ídolos de barro... Permítasenos creer que todo ello es una solapada mentira, un convencionalismo en que nadie cree aunque aparente lo contrario.

Y como no nos gusta hacer afirmaciones sin demostrarlas, vamos á descorrer el tapido velo de esos gastados argumentos de pobreza, puesto que España en estos últimos veinticuatro años de mal gobierno, ha gastado cantidades fabulosas, no en fomentar sus barcos, ni artillar sus costas, ni abastecer y hacer inexpugnables sus plazas fuertes, sino en levantar suntuosos templos, reconstruir conventos y mantener en enervante holganza miles y miles de corporaciones religiosas de ambos sexos (con separación de éstos se entiende) y hacer donaciones á la santidad pontificia y á la menos santa curia romana.

Según datos verídicos que tenemos á la vista, son más de mil el total de monasterios, iglesias, capillas, oratorios, ermitas y demás templos católicos que se han construido ó restaurado en la Península en el último cuarto de siglo; y nadie podrá negarnos que estas edificaciones, valuándolas unas con otras en cienenta mil duros cada una, calculando muy bajo su coste, ascienden á la respetable suma de cincuenta millones de duros ó sean doscientos cincuenta millones de pesetas. Si agregamos á esta cantidad la de seis reales diarios que por lo menos consumirá cada una de las cincuenta mil personas que pertenecen al clero regular y al monjío, obtendremos la cifra de seiscientos millones de pesetas. A las cantidades aludidas hay que agregar los sesenta millones también de pesetas gastados en el jubileo del Papa, y otros cien millones, y no es mucho poner en veinticuatro años, de misas, triduos, novenas, procesiones, capelos pagados á los nuncios, sostenimiento de éstos y de sus auditores del Tribunal de la Rota y otras *menudencias*, y tendremos un total de mil millones de pesetas gastados en loor de los ministros y agregados del altar, y que empleados en obras de fortificación, cañones y acorazados, hubieran convertido á España en potencia de primer orden por derecho propio.

De lo dicho, deducimos que esta nación se supone sin recursos, los ha tenido con tal exuberancia, que ha podido dilapi-

los en incienso y mirra, en mármoles y bronce en campanas y cúpulas, y en el sostenimiento de personas que consumen y no producen, y por lo tanto no contribuyen (legalmente queremos decir) al aumento de población ni al mejoramiento de nuestra abatida industria y de nuestra decadente agricultura.

El país ignora esto, desconoce la causa de su debilidad y de la impotencia en que nos va dejando nuestro insólito aislamiento, y cree tal vez las patrañas de los que le guían por el camino de la superstición y que sienten va desapareciendo el embrutecedor fanatismo.

Para estos monárquicos y dinásticos, la instituciones y el altar son el todo, la Patria un mito, los patriotas unos tontos, los republicanos unos insensatos, el que no adora el becerro de oro un idiota; sólo ellos son los conspicuos y los que sienten el fuego sagrado de la fe, viven y medran en su propio jugo, apartados de las corrientes populares, y creyendo que el mundo se ha hecho sólo para alimentar sus voraces y seráficos estómagos.

¡Infelices! El pueblo los va conociendo y señala con las indelebles marcas de oprobio desdeñando sus procedimientos incalumniados. El país sabe que sin libertad no puede vivir, se asfixia en una atmósfera viciada, y á sacarle de ella caminan nuestros esfuerzos, que hoy no van siendo ya del todo estériles.

El clero secular, el bajo clero, como le llaman los elevados personajes de mitra y báculo, no participa del festín, se le tiene en poco, y como es sufrido y honrado, vive en la pobreza y eleva sus oraciones generalmente en modestos templos, que no por humildes complacerán menos á la divinidad.

Póngase coto alguna vez á las demasías de la teocracia, y entonces podremos tener escuadra respetable y respetada, y vivir en armonía con las naciones de Europa que hoy nos miran con prevención, y aún nos creen partidarios de la Inquisición y la hoguera.

LOS ARANCELES ECLESIASTICOS

Hasta el siglo diecisiete no se conoció en España la tasa pecuniaria por la administración de sacramentos y servicios parroquiales. (1). En el reinado de Carlos III la Iglesia trató de dar fuerza civil á los derechos arancelarios llamados de estola y pie de altar; pero aquel rey, tan conocedor de los secretos eclesiásticos, nunca decidió sobre un asunto muchos años entregado á informes y consultas.

En 1838 y 39 se aprobaron los aranceles de once diócesis; esta aprobación la tuvieron por suya todos los demás prelados y ninguno se sujetó á los artículos objeto de las reales órdenes; cada cual hizo en la materia lo que mejor le pareció, dando á sus caprichos ó genialidades fuerza de obligar, produciéndose, como es consiguiente, el más ridículo trastorno.

En algunas iglesias se cobraba en los funerales por veinticuatro conceptos, á saber (2):

Cruz y misa.	»	Blandones.	»
Responso.	»	Lutos.	»
Ofrenda.	»	Tarimas.	»
Posas.	»	Bancos.	»
Clamores.	»	Rescate.	»
Sacerdotes.	»	Solada.	»
Crucero.	»	Cera de iglesia.	»
Sacristán mayor.	»	Hachas.	»
Fábrica.	»	Sepulturero.	»
Paño.	»	Real Hospicio.	»
Tumba.	»	Licencia.	»
Blandocillos.	»	Depósito.	»

Estos aranceles son cuatro, propiamente dichos: para Madrid, para las parroquias rurales de término, para las de ascenso, y para la de entrada y rurales rurales.

Es de advertir, que para la formación de estos aranceles, se ha prescindido en absoluto de la opinión de los que pagan, de los fieles,

llevando consigo todas estas disposiciones un vicio originario de nulidad.

Bien es cierto que al cuerpo de cristianos, que es quien sostiene la Iglesia, aquí jamás se consulta para nada, se le trata á la baqueta en parroquias y dependencias eclesiásticas, y nada se le concede de buena gana si no lo paga y lo paga bien, llevándole el dinero hasta por sentarse en los templos.

Por eso se nota la ausencia absoluta de los obreros y de sus familias á los actos religiosos, que se van convirtiendo en reuniones de moda de la sociedad elevada, que se da cita en las graudes novenas como pudiera dársele en el hipódromo.

Con orfeones de pega y círculos obreros de ocasión, piensa el obispo de Madrid regenerarla en el sentido religioso y atraerse la clase obrera, ¡Infeliz! El mal es muy antiguo y el camino no es ese, Sr. de Cos y Macho.

Obligan, pues, los aranceles por ministerio de la ley, en aquellas diócesis donde hayan sido formados por acuerdo de ambas potestades, y de ningún modo si no han recibido la sanción real y se han promulgado con la debida solemnidad.

Y aquí es de notar que, siendo católicos, por lo menos oficialmente, todos los españoles, la ley que regula sus deberes contributivos con la Iglesia, ni á todos por igual obliga, ni es igual para todos, puesto que en Madrid, por ejemplo, cuesta un bautismo de primera clase *doscientas cincuenta pesetas*, y *ocho pesetas y media* en Arganda; como cuesta un entierro de primera con cruz alzada y funeral consiguiente de la misma clase, en Arganda *ochenta pesetas*, y en la parroquia de las Peñuelas de Madrid, como en las demás, *mil doscientas*.

No hay manera de estirar más un negocio. En Barcelona se han cobrado *ciento veinte cinco pesetas* por colocar un Cristo en el altar mayor durante un funeral (1); y ahora mismo se cobra en la secretaría del obispado de Madrid un duro por aprobar el epitafio que las familias dedican á sus difuntos, por más que tal exacción no está autorizada por ninguna real orden; como se cobran en las parroquias veinticinco pesetas por mandar un brasero en los grandes funerales, y dos pesetas por cada hacha de aumento extraordinario que luce junto á la tumba, y un dineral por la colocación de cuatro bancos de pino y tres sillones viejos, con sus fundas de sucia y miserable bayeta, unos lutos apolillados del mismo género y unos biombos imposibles; cosa que, dicho sea de paso, no autoriza más que una mala costumbre en la Iglesia y una ignorancia supina en los fieles.

Por real cédula de 3 de Enero de 1854 se volvió á recordar á los prelados la formación de un *Manual* de derechos de estola y pie de altar; como si nó.

El real decreto de 2 de Octubre de 1871 en su artículo 15 dice: «Se procederá inmediatamente, por acuerdo de ambas potestades, á la formación y reforma de los aranceles de los derechos de estola y pie de altar, los cuales continuarán formando parte de la dotación diocesana (2) y parroquial, según los casos.

Los aranceles mencionados, después de ser definitivamente aprobados, tendrán el carácter de civiles para los efectos de la exención (3) y pago de los derechos que en ellos se fijan (4).»

Por real decreto de 23 de Marzo de 1891 y real cédula auxilioria de 27 de Abril del mismo año, se aprobaron los aranceles parroquiales de Madrid y su diócesis, siendo obispo de ella D. Ciriaco María Sancha y Hervás.

Tampoco se encuentra justificado que los pobres de Madrid, que son más pobres que los de parte alguna, tengan que pagar seis

pesetas por el bautismo de sus hijos, de sexta y última clase, y los de Canillejas seis reales solamente; es verdad que pagar el bautismo es cosa que sólo se ve en España.

Todos los aranceles de la Iglesia son odiosos y muy propensos á la simonía, porque al fin las cosas espirituales andan siempre en compañía del dinero, y las malas compañías no están exentas de peligros; pero los aranceles de Madrid, no sólo son odiosos sino deficientes, imperfectos é irracionales en su conjunto y en sus capítulos, é injustos en la distribución; no presidió en ellos mas que el pensamiento de recaudar mucho en provecho de los párrocos y de las fábricas, que viene á ser todo uno; los coadjutores, clero parroquial y sirvientes, que se conformen con las migajas que al sacudir el arancel caigan al suelo. No parece sino que el autor de esa ignominia pensaba en ocupar alguna vacante de párroco en la capital de España.

Un funeral de primera cuesta *setecientas cincuenta pesetas*; entre el párroco y la fábrica se llevan *trescientas setenta*, quedando *trescientas ochenta*, la mitad, para repartirla entre *veintiocho individuos*, ó, lo que es lo mismo, que el cura y la fábrica comen por catorce.

Los lutos, tumbas, bancos, biombos, braseros, colgaduras y demás chirimbolos que suelen lucir en los funerales, se pagan aparte, y fuera del adornista, que se entiende también con el cura, excepto él y la fábrica nadie ve un céntimo.

Así trata la Iglesia á los fieles y aun á sus propios padrinos.

COMILLAS EN BAJA

—¡Oh dolor! ¡Inaudita desgracia! ¡Quién lo pensara! La Transatlántica, si, señor, la Empresa católico-financiera más grande, la sola capaz de luchar con las bancas judías; ese *refugium peccatorum* asilo de creyentes, pendón y caldera ¡y qué caldera! de sopistas monárquico piadosos, va de capa caída, lo que se dice en espantosa decadencia; su ruina se ha iniciado, y sabido es que estas cosas no suelen quedar á mitad de camino.

—Pero... ¿no es una broma de mal género?

—Le digo á usted que ese edificio tan cuidadosamente erigido por los López en comandita con los R.R. P.P. Ignacios, ha entrado en el periodo de crisis y todo hace creer que muere.

—¡Morir! No lo comprendo; esas *instituciones* no deben morir nunca. Son de Dios, los protege la Iglesia, las sostiene el Estado con su cuenta y razón...

—Pues fiarse en todo eso y no correr.

—¿Y qué será ahora de la religión? ¿qué de tantos hombres devotos y de tantas obras piadosísimas? ¡Gran alegría para el infierno!

—Será lo que fuere. Oiga usted, amigo.

Y aquí baja la voz el preopinante mira á todos lados, se aproxima con misterio al sorprendido interlocutor, y...

—Me consta, dice, es un hecho por desgracia fuera de toda duda, que *el marqués* (así llaman al de Comillas sus tropas) ha empezado á hacer economías ¡él! ¡él! y economías precisamente en religión.

—¡Hola! ¿Con que empieza por ahí?

—Dios es muy sufrido, amigo mío; con El están siempre al tanto los suyos porque no presenta letras á tantos días vista. Por la religión, sí. La subvención que el marqués daba á los jesuitas para *El Apostolado de la prensa*, ya sabe usted, aquel la obra que editaba mensualmente libritos católico-políticos para el pueblo sencillo, pues... voló, y no hay libritos. No se vendían, los daban gratis y ni aún así los quería nadie. Se acabó esa propaganda.

Su subvención para *La Lectura Dominical*, el periódico del P. Garzón, de esa lumbrera antiliberal, que hasta en casa de Maura trabaja por la buena causa... voló también, y con ella la que daba á *La Semana Católica*; ya están igualados ambos rivales en Jesucristo.

(1) Sinod. del Arzp. de Toledo 1662. Tit. 7 lib. 3.
(2) Parroquia de Santa Cruz de Madrid.

(1) Barcelona, parroquia de Belén.
(2) Prólogo, pág. 55.
(3) Exacción, querrá decir.
(4) R. O. 13 Julio 1872.

—No vuelvo de mi asombro.

—Los socorros á los círculos de obreros y á los orfeones, fundados en Madrid y sostenidos por el marqués y por Cubas, han quedado reducidos á la mitad. Casi todas las cofradías en que estaba inscrito el grande hombre han dejado de percibir sus cuantiosos donativos; y pásmese usted, señor mío, hasta los conversos del liberalismo, los periodistas ramplones y chirles, que una vez vuelta la casaca se ha visto que no había manera de hacerlos servir para algo, esos pobretes ya no cobran las limosnas; alguno ha empeñado el gaban.

En las pensiones la razzia ha sido espantosa; con las monjas y beatas, un horror; y así en todo. Los negocios de esa Compañía han mermado, los negocios van en baja formidable. El padre Sanz ya no puede ser pródigo con los *Luis* necesitados, cuyo casino, falto de la ayuda de don Claudio, empieza á hacer economías. Le digo á usted que es el principio del fin... Ni el padre Hidalgo atiende ya tanto á las Adictas...

Este diálogo, oído por nosotros en la puerta de una iglesia, nos ha movido á practicar ciertas pesquisas, porque algo habíamos llegado á traslucir pocos días antes. De nuestra investigación resulta que es verdad cuanto decían ambos devotos, y además un buen número de referencias que no han de quedar en el tintero, para regocijo de cuantos aman la libertad y lamentan la acción corruptora y desastrosa en nuestra sociedad de ese negociante, vulgarísimo instrumento de los jesuitas y brazo de la denigrante reacción que nos está llenando de ignominia.

(El País).

LOS CARLISTAS

La duración de la segunda guerra carlista se debió al esfuerzo del absolutismo en toda Europa que fundaba en ella sus esperanzas. Por esto coincidió con la agitación ultramontana del 74 y 75.

Tan seguro creían el triunfo, que el Papa daba ya tratamiento de majestad á doña Margarita, mujer del Pretendiente; el clero francés procuraba por todos los medios hacerse árbitro de la situación intrigando en la Asamblea y levantando una cruzada neo-católica; en Alemania el gobierno prusiano tuvo que prender á diez obispos y 400 curas; en Austria el clero conspiraba abiertamente contra las leyes constitucionales, extendiéndose esta especie de conjuración hasta América, dando motivo á que el Tribunal Supremo del Brasil condenase á prisión á dos obispos.

Del clero de Francia, Austria, Alemania é Italia, donde tenía el ultramontanismo su cuartel general, salían la mayor parte de los recursos con que se alimentaba la guerra civil en España, que bien puede decir que al vencer á don Carlos, venció al ultramontanismo de todo el mundo.

Hubo un momento en que el clericalismo creyó ganar la batalla, y no ocultaba ni su alegría ni sus manejos.

D. Carlos obsequió á Pío IX con uno de los cascos de granada de la acción de Somorrostro; y el Papa, para demostrar lo mucho en que tenía el recuerdo, lo puso en su mesa destinándolo á pisa papeles, contestando autográficamente á don Carlos, «que hacía votos porque Dios concediese á España la paz y un gobierno que protegiese la religión católica».

Esta protección se manifestó desde luego.

El 17 de Agosto del 72 decía ya el periódico carca *La Reconquista*.

«Hemos recibido una carta de Roma fechada el 11 de los corrientes en la cual se nos comunican interesantes noticias sobre las crecientes simpatías de que goza la santa causa de don Carlos en la capital del mundo católico».

Todos los periódicos religiosos de aquella ciudad dedican elogios entusiastas á los bravos carlistas que con sin igual heroísmo derraman actualmente su sangre por la santa causa simbolizada en el lema de *Dios, patria y rey*.

Recientemente, en una de las solemnidades audiencias que el Papa concede á los fieles de Roma, las aclamaciones á Pío IX se oyeron mezcladas con las de Carlos VII, *Re legittimo di Spagna*.

La persona que nos favorece con estas noticias, hablando de la causa de don Alfonso, nos dice que está completamente desahuciada en las más elevadas esferas de Roma y que sólo don Carlos es allí mirado

como el legítimo representante de la monarquía católica en España.»

Cuando la guerra civil ensangrentaba ya nuestros campos y amenazaba con prolongar la serie de horrores y desdichas de que era causa, el Papa Pío IX procuraba excitar los ánimos pronunciando estas palabras:

«No menos profundos son los padecimientos de la Iglesia en la católica España, causados por los golpes del poder civil, pues sabemos que recientemente ha sido propuesta y aprobada por la Asamblea legislativa una ley para la dotación del clero, ley con la cual no sólo quedan rotos los tratados ajustados, sino que se pisotean las reglas del derecho y la justicia. Proponiéndose esta ley aumentar la pobreza y la servidumbre del clero y acrecentar los males que hace algún tiempo afligen á aquella ilustre nación, males producidos por una lamentable serie de actos del gobierno perjudiciales á la fe, á la disciplina eclesiástica, de la misma manera que ha excitado las justísimas quejas de nuestros venerables hermanos los obispos de España, dignos por su firmeza, así también reclama hoy de Nos las más solemnes reclamaciones.»

Así correspondía Pío IX á las benevolencias de los gobiernos de aquella época.

Todo lo dicho nos lleva lógicamente á esta conclusión:

Hay que atacar sin tregua á los obispos, curas y frailes que, en vez de recordar y poner en práctica las máximas de paz, caridad, amor al prójimo, perdón de las ofensas, predicando la guerra, el odio, la venganza, la ceguera intelectual, el restablecimiento á sangre y fuego de una feroz reacción, de una intolerancia religiosa que mata en vez de convencer, la elevación al trono de un hombre estúpido, cruel y sanguinario, depósito de todos los vicios inmundos.

Los que para defender la religión prostituyen el sacerdocio, para enseñar mansedumbre disparan el fusil, para respetar la propiedad empuñan la tea, esos no son seres humanos dignos de respeto hasta en sus extravíos; son alimañas feroces á quienes hay que exterminar por amor al prójimo.

El clero carlista no prepara hoy la guerra por adquirir respeto, consideración é influencia; harto sabe que don Carlos no había de concederle más de lo que encuentra dentro de la restauración; quizás le mermara algo lo que tiene; la prepara en odio á la libertad y porque siente la nostalgia de la persecución y la matanza como la sintió en las anteriores, porque es absolutista por instinto, por condición. Y es más; tiene que serlo forzosamente: creer que el poder emana directamente de Dios y aceptar la soberanía del pueblo, sería un verdadero contrasentido.

El Vaticano, dígame lo que se quiera, trabajará siempre contra la libertad; únicamente se cuidará de ocultar las uñas cuando no crea que puede hacer buena presa. En ocasiones hasta aparentará defender aquello mismo que odia.

Sometida á Pío IX en 1871 la cuestión de mejor derecho á la corona entre Carlos y Alfonso, dijo:

1.º Que los textos bíblicos que presentaban los carlistas no probaban lo que se quería que probasen.

2.º Que aunque la Sagrada Escritura no resuelve ni aborda siquiera esta cuestión, lo que por incidente dice, lejos de favorecer á los carlistas, les perjudica, porque habla de mujeres que han ocupado el trono, como la reina de Saba, ó han desempeñado la suprema judicatura en Israel, cual *Dévora*.

3.º Que los teólogos, tanto dogmáticos como moralistas, rechazan como contraria á la ley y á la razón la errónea máxima que sirve de fundamento al carlismo.

4.º Que la historia y la tradición de la Iglesia es contraria al carlismo que aleja del trono á la hija del rey, porque en todo tiempo ha dado su bendición á las reinas que han llevado coronas sobre sus sienes.

5.º Que la historia antigua, media y moderna de España, es enteramente opuesta á lo que dicen y contra verdad quieren hacer creer los abogados del bando carlista.

6.º y último. Que las leyes que figuran, las únicas que pueden figurar, la ley de Partida, el auto Acordado, la ley Constitucional de 1789 y la pragmática Sanción de 1830, una por no haber podido ser anulada, otra por ser viciosa en su forma y haber sido derogada después, y la última por hallarse en vigor, todas sin escepción perjudican á los carlistas y demuestran que el mejor derecho asiste á don Alfonso de Borbón.»

Así habló Pío IX en Septiembre de 1871, por no creer que el zascandil de don Carlos pudiera encender la guerra. Pero en 1873 y 74, al ver que tomaba vuelos y en la previsión de que pudiera triunfar, halagó y auxilió á los carlistas cuanto pudo, cambió regalos con don Carlos, expidió Bulas para él, y lo trató de Majestad, así como á doña Margarita.

Ocupa don Alfonso el trono, la causa del carlismo decae, y entonces vuelve Pío IX la espalda á don Carlos otra vez, y eso que ya era él dogmáticamente infalible.

Por todas estas razones, desconfiemos de lo que digan en Roma contra el carlismo, y creamos todo cuanto se nos hable sobre sus trabajos en favor suyo y en contra de la libertad.

Pero aun suponiendo que existiera un Papa, el actual por ejemplo, que sin reservas mentales condenara el carlismo, ¿de qué serviría? De nada.

Porque no hay que tratar de engañarnos. Como en los años anteriores al 33 y al 72, el clero conspira hoy contra la monarquía que le paga y le mima, y sirve á don Carlos.

Ha dicho León XIII á los católicos que respeten y acaten los poderes de hecho, y los curas y muchos obispos defienden ostensiblemente á don Carlos que está preparando y anunciando una nueva guerra.

No nos extraña nada de eso... El clero aparenta hipócritamente someterse, pero en el fondo sigue siendo enemigo acérrimo de la dinastía reinante, y, sobre todo, de la libertad.

Y no es lo más temible la oposición franca, y por franca noble, de algunos curas; lo más perjudicial es la solapada que hacen los jesuitas y el alto clero.

Aparentan sumisión á las instituciones y respeto á la reina, dicen que huyen de la política, se muestran tolerantes con los partidos en cuanto no atacan á la religión y alardean de sumisos al Papa, pero por todos los medios quebrantan las conquistas democráticas y persiguen á los liberales, sino es ya que algunos se atreven á hacerlo descaradamente, como los prelados de Valladolid y Plasencia.

Los curas que felicitan á Carlos VII y rezan en público por él, no son tan dañinos como los prelados que, dentro del campo liberal, preparan el camino para el triunfo de los carlistas.

Esos enemigos no declaran su lealtad á don Carlos; se limitan á ser traidores á la libertad. Conquistando influencia, poder, bienes materiales, halagando á la reina y á sus ministros; persiguen la prensa liberal; se apoderan de la enseñanza; hacen callar á sus enemigos; abren, en fin, brecha en la fortaleza para que por ella entre fácilmente don Carlos.

El peligro lo hemos señalado mil veces, y hasta nuestros amigos nos han tachado de intransigentes.

No es la culpa únicamente de los gobiernos de la restauración; lo es de los mismos liberales y hasta de muchos republicanos, que por mal entendida tolerancia, por seguir la corriente, por moda, han mimado al clero, no han ayudado á los que seguían viendo en él el enemigo, y han negado el peligro de una nueva guerra civil.

¿Cuánta sangre va á costar la ceguera de los que han creído que mimando al clero se lo atraían! ¿Qué se lo han de atraer! Mimándole, lo que se hace es darle medios para que conspire más á sus anchas en favor de los carlistas.

A los liberales que creen á curas y frailes identificados con la monarquía constitucional, y que, por lo tanto, no ayudarán á don Carlos, hemos de recordarles dos hechos, entre mil que pudiéramos citar, uno perteneciente á la primera guerra y á la segunda el otro.

El célebre cura Merino se ofreció en Enero del 33 espontáneamente á Cristina y al ser admitido á besarle la mano, le presentó por escrito una felicitación por la mejora de Fernando VII, en la que demostraba las angustias de su ánimo durante la enfermedad de su soberano. Aquella exposición concluía así:

«El Señor conserve en la mayor prosperidad á nuestro soberano, á V. M., á nuestra excelsa sucesora y primogénita, á vuestra real descendencia y toda la real familia; estos son mis sinceros votos, asegurando á V. M. que, así como en dos distintas y gloriosas épocas he empuñado las armas en defensa de los soberanos derechos del rey nuestro señor, y de la independencia de la monarquía, volveré á hacerlo de nuevo, si las circunstancias lo exigiesen, contra cualquiera que osase atacar tan preciosos objetos, ó oponerse á la sagrada voluntad de mis amados soberanos, y los derechos de su legítima y augusta descendencia.»

Pues bien; el 23 de Octubre de aquel mismo año se puso el cura Merino al frente de los sublevados por don Carlos en Castilla la Vieja, publicando una proclama, en la que decía:

«Hagamos el generoso esfuerzo que reclama de nosotros la patria hasta colocar en el trono á un príncipe español, perseguido y expatriado, reuniendo á sus virtudes el legítimo é indisputable derecho á la corona de España.»

Tal era la lealtad de los más autorizados y prestigiosos carlistas. Y como el cura Merino eran y son todos, comenzando por el Carlos V que había jurado defender la Constitución.

Allá va el hecho de la segunda guerra:
El canónigo Manterola declaró en las Cortes Constituyentes, que *toda su vida había sido carlista*.

Y *El Imparcial* del 21 de Abril de 1870 copió esta carta, que había aparecido el 7 de Septiembre de 1866 en el *Semanario Vasco Navarro*:

«A S. M. la reina, doña Isabel II.—Señora: la redacción del *Semanario católico Vasco Navarro* no podría aspirar á la altísima honra de interpretar los sentimientos del país que intenta representar en la prensa, sino se acercara respetuosamente á las gradas de vuestro trono augusto, á presentar á V. M. la expresión ardiente y sincera de lealtad acrisolada y amor incontrastable que el hidalgo pueblo vasco-navarro profesó siempre á sus reyes. Dignese V. M. acoger benévola la tierna protesta de amor respetuoso y adhesión fidelísima que en nombre de la redacción y de todo el país vasco-navarro, tiene el honor inefable de presentar á V. M. vuestro humilde súbdito y último capellán.—Señora. A l. r. p. de V. M.—VICENTE MANTEROLA.»

Esto nos dice que no deben los liberales fiarse de los curas y frailes que están hoy al lado de la restauración, y menos aún de sus humildes protestas de adhesión. El clero español es carlista y nada más que carlista; y, como ya hemos dicho, tiene por fuerza que serlo; y el cura que no lo es, por excepción, sin excepción sufre las consecuencias viéndose arrinconado y perseguido.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Lorenzo Ardid.
Barcelona.

Mi distinguido correligionario y amigo: Le doy á usted mil gracias por su atenta contestación á la *Carta abierta* que publiqué en el número 20 de *EL MOTIN*, y, deferente siempre con los federales, procuraré explicarme para que cesen las dudas que en el ánimo de usted pudo producir mi citada carta.

No he visto con extrañeza, como usted indica en la epístola que ha dado á luz, la *Unión* pactada entre los federales de Cataluña. No; esa misma *Unión* recomendó, primero, y rechazó, después, el Sr. Pi y Margall, cuando en nombre del Consejo federal se la propuso el Sr. Vallés y Ribot. Si en aquella época se hubiese realizado y una nueva Asamblea del partido hubiera trazado el camino que aquél debía seguir en materia de procedimiento, nada tendría que objetar, pues tal era, es y será mi constante anhelo; pero que los catalanes que iniciaron la campaña á favor del procedimiento revolucionario sean los que han pactado esa *Unión* incolora y anodina, sin respetar acuerdos tomados y provocados por los prohombres y representantes legales de esa región, ahitos de escandalizar el mundo con sus gritos revolucionarios, influidos, más tarde, por temor á nuevos contratiempos, con franqueza lo digo á usted: ni lo entiendo ni lo autorizaría, así estuviese bajo la presión de los vandálicos hechos del policía Portas y de sus corifeos de la Bastilla catalana.

Porque ya es hora de que hablemos claro y alto. Unión de los federales, la queremos cuantos osten-tamos hace 30 años ese adjetivo. «Pacto con los otros partidos republicanos» es aspiración común de los que sin distinguos ansiamos que la monarquía se hunda; pero intentar esa *Unión* con el solo objeto de hacer el amor (político) á éste ó al otro hombre, y para ocultar el miedo; intentar *Pactos* que den paso á unas actas de Diputados é inmunidad y prestigios á determinados personajes, y ocasión al de Romanones para llamar encasillados á los conspicuos del republicanismo, eso, amigo mío, me parece algo así como prestarse á servir de instrumento de ambiciones groseras, que no puede autorizar quien de federal y republicano haga alarde.

Aconseja mal la *pasión de ánimo*, y los hombres que se arrepienten ó equivocan en política, cuando pretenden figurar á la cabeza de los partidos, obligados están, y es lógico que así procedan, á retirarse á sus hogares para gozar de la tranquilidad que en ellos se disfruta. Pero, amigo mío, usted me lo decía, con la precisión que sabe hacerlo; los que ganan ó gozan plaza de oradores lo entienden de otra manera y se creen dispensados de tales minucias; y tan grande llega á ser su orgullo, que consienten que no se realice tal ó cual hecho que importe á la causa republicana, si ellos, por no tener condiciones, valor, medios, etc., etc., no pueden recoger el fruto directa y personalmente. Algo de esto ha pasado en Cataluña.

He querido decir á usted, que si la *Unión* federal y el *Pacto* republicano no han de producir efectos prácticos é inmediatos, valiera más no intentarlos, ya que el pasado nos ha dicho que es inútil pretender que vivan y marchen de acuerdo hombres y fracciones que sostienen criterios distintos.

Y si los republicanos hemos llegado á un estado de atomismo tal que nuestra influencia en la política no se haga sentir, ¿quiere usted decirme qué razón tenemos para censurar á los hombres que fían al prestigio de Castelar, ó la espada redentora de Weyler el advenimiento de la República?

No creo en los nuevos Mesías: Castelar ha sido y será, en cuanto pueda, el apoyo de la restauración borbónica: Weyler me parece uno de los tantos que sólo consultan su propio interés para decidirse; pero si me equivocara, declararía noblemente que el que reinstaurase la República en España de esos dos hombres, significaría más que ese montón de republicanos notables que no han sabido ó querido conquistarla por *tiquis-miquis*, ó por personales celos y bastardas ambiciones.

Tengo mi particular criterio en esa cuestión. Por fortuna para el país, y aun para los hombres que miran alto, no son los Romanones, Castelar, Weyler y Compañía los llamados á regenerar España; necesitan los males que la restauración ha hecho pesar sobre ella, remedios más eficaces que los que aquellos puedan ofrecerla; y en los acontecimientos que las circunstancias determinarán en breve plazo, si es que no hemos de pasar como pueblo á la historia, surgirán medios y hombres que puedan cauterizar la herida que hace 24 años la infiriera un soldado desleal.

Nuestra misión quedará reducida á uno de estos dos papeles: *espectadores ó comparsas*. Y nuestros prohombres, más ó menos símbolos, tan tranquilos, gozando de agradable confort y de consideraciones sin límites de la grey monárquica.

Porque le considera buen federal y revolucionario de los que no se arrepienten, le da esta contestación su afectísimo amigo y correligionario

DAMIÁN CASTILLO.

CAFRERIA ESPAÑOLA

Residen en Villaluve, pueblo de la provincia de Zamora, unos alemanes que profesan la religión protestante, y que al amparo de la Constitución, han establecido su culto en casa de la propiedad de uno de ellos.

A varias señoras de estas familias las han perseguido á pedradas por las calles los chiquillos y chiquillas, capitaneados por el hijo del alcalde al grito de: ¡Mueran los ingleses! excitando á los canallejas las mismas autoridades y el cura párroco.

Un día quisieron los agraviados pedir apoyo al alcalde, y el animal del secretario se encará con uno de los extranjeros amenazándole con «romperle el bautismo» añadiendo:

—«Hombre, me alegraría saltarle á usted los sesos»

Una de las señoras quiso preguntarle al secretario, si los chicos tenían derecho á apedrearlos, y le contestó:

—«Usted se calla, so tía p...»

Con beduinos así por autoridades, el pueblo ha roto á pedradas puertas y ventanas de todos los fieles del culto protestante, y el día 8 del mes corriente, al salir de casa de uno de ellos, un pobre anciano recibió un garrotazo brutal en la cabeza que lo derribó al suelo y le tiene en grave estado.

Se demandó auxilio al gobernador civil de Zamora, y éste se burló de los atropellados; pero gracias al comandante de la Guardia civil, que debe de ser persona culta, y que presencié la petición de auxilio, se consiguió que fuesen á Villaluve algunas fuerzas.

Mas ni esto ha bastado.

Las parejas, cumpliendo su deber, se pusieron á las órdenes del bruto del alcalde, y cuando fueron las personas agraviadas á reclamar el auxilio de aquellas para evitar nuevos atropellos, no se lo prestaron.

Y en esta situación, amenazados de muerte, se encuentran aquellos extranjeros en un pueblo de España.

Ni son ingleses ni norteamericanos, pero son alemanes, y si el ministro de la Gobernación no cumple con lo que el deber le ordena, es posible que el asunto se lleve por la vía diplomática, lo cual será una vergüenza y una humillación más para este país.

Si el cura y el alcalde y el secretario y toda

aquella cáfila de animales que ejercen autoridad en Villaluve, no saben lo que es la ley, el humanitarismo y la caridad, que los hierren y los unzan á un arado, pero que no se les permita poner en ridículo el nombre de la patria con sus intolerancias y salvajadas.

OBRA NUEVA

CRÍTICAS SOCIALES

RETRATOS

GENTE CONOCIDA

POR EL

Dr. Pedro Recio de Tirteafuera.

Precio: UNA PESETA

A los suscriptores de *EL MOTIN* con el 25 por 100 de descuento.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

A 15 CENTIMOS

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTE, por *El Motin*. Con láminas.

LA LEY NATURAL, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO. Discurso del obispo Strossmayer.

JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por íd.

MÓNITA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA LUXURIA DEL CLERO, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo *La Paz*, de Lieja.

CARTAS DE TALLEYRAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TALLEYRAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES de los jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los jesuitas, ídem, ídem.

CARTAS Á EUGENIA, (carta 1.^a) por Frére.

O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CHITÓN por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin (*Dom Jacobus*).

LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin.

LOS CRIMENES

DEL CARLISMO

Van publicados 39 folletos.

Quedan seis por publicar.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

LA RELIGIÓN

AL

ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24.^a edición de esta obra incomparable.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de *EL MOTIN*.

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de *EL MOTIN*.

CATECISMO DE MORAL

POR

CAZALLA

35 céntimos ejemplar y 6 pesetas paquete.

De venta en Valencia casa del autor, Murillo, 10, tercero. En Madrid en la administración de *EL MOTIN*. Para los suscriptores de *EL MOTIN* 25 céntimos ejemplar.

M. Romero, impresor.—Tudescós, 34.